

Bibliotecas públicas en Andalucía: atreverse a inventar

ANGELINA DELGADO LIBRERO

Biblioteca Pública Municipal de Camas (Sevilla)

1.

Nos cuenta una bibliotecaria que hace unos meses, un canal de televisión de ámbito provincial entró en contacto con los responsables de cultura de su Ayuntamiento, porque querían grabar un programa en diferentes lugares del pueblo. Buscaban “un lugar con solera, un lugar con encanto y un lugar para perderse”. Nos contó también que el equipo de grabación, liderado por una alegre y joven reportera, fue enviado en primer lugar a un yacimiento arqueológico, después a un bar de reconocidas tapas y rústica decoración y, por último... a la Biblioteca Pública. Cuando llegó a sus puertas, seguida por un esforzado chaval cuyos hombros sostenían la cámara, entró “dispuesta a perderse en un laberinto de pasillos, salas y estanterías”. Pero encontró un lugar espacioso, lleno de luz y de paz, que en esas horas de la mañana estaba poblado por unos pocos y tranquilos usuarios: unos leían el periódico o charlaban, otros estudiaban y otros hacían alguna consulta en Internet, mientras unos cuantos más buscaban un libro en las estanterías. Rápidamente se dirigió a uno de ellos, micrófono en ristre y le asateó a preguntas, a cual más tópicas. Y cuenta nuestra bibliotecaria que de ese usuario pasó a otro, y después a otro, y que no encontrando más misterio que el que la cualidad humana encierra, exploró una Sala Infantil desierta de niños. Se marchó con la sensación de que allí nada se le había perdido más que algo del precioso tiempo que tanto valoran los medios.

Cuenta también nuestra bibliotecaria que, intentando hacer oídos sordos a su incesante parloteo, seguía los pasos de la reportera, tratando de ponerse en el ojo de la cámara y captar con precisión e imparcialidad lo que ésta recogía. Concluyó que no era aquél un lugar para perderse, sino quizás para encontrarse.

2.

El 6 de febrero, Vicente Verdú publicó en *El País* un artículo titulado *Ligue en la biblioteca*. Una amiga nos lo hizo llegar y al leer las primeras líneas pensé: ¡¡Por

fin alguien nos comprende!! . Decía Verdú que “una de las profesiones más ingratas, de acuerdo a la marcha de las cosas es la del bibliotecario”. Ignoraba a qué se refería con “la marcha de las cosas”, pero intuía que no podía indicar nada bueno. Seguí leyendo y se confirmaron mis temores: “en general, a la biblioteca apenas acude nadie y quienes la visitan son cada vez gentes más raras, calvas, marginales o conminadas por alguna obligación circunstancial”. Por cierto, me daba algo de apuro contarles que nuestra bibliotecaria me confesó que los reporteros habían llegado a la biblioteca justo a la hora en que muchos de los “disminuidos” (perdonen la expresión) del pueblo también lo hacían, allá por las once de la mañana. Y es que los demás estaban cada uno en su ocupación: los niños en el colegio y los mayores produciendo. Sólo los enfermos, parados y disminuidos podían perder allí el tiempo. Leyendo.

Pero sigamos con las razones que aduce para compadecerse de nosotros los bibliotecarios:

“Los investigadores decrecen día a día y los interesados por los volúmenes de otro tiempo se encuentran en trance de inmolación”

Nueva sorpresa: me pregunto cuál fue ese tiempo que pudiera considerarse la época dorada de la investigación en España. Trabajo en una biblioteca pública de una localidad de treinta mil habitantes desde hace catorce años y no recuerdo que en mis comienzos nos agobiaran sesudos investigadores ni científicos, porque entre otras cosas no era ésa, ni es, la misión de la biblioteca pública, (habría que preguntar a los compañeros de universitarias y de especializadas). Pero pensándolo bien, si nuestra reportera se hubiera preocupado por saber cuál es la hora de mayor afluencia a aquella biblioteca, habría descubierto a muchos investigadores: quizás una madre que *investiga* la mejor forma de dormir a su hijo y busca un libro que le han recomendado, una pareja que *quiere saber* todo sobre el embarazo, una maestra que *profundiza* sobre la historia del pueblo para preparar una clase, una chica que *busca* en Internet las notas de uno de sus últimos exámenes en la universidad, unos trabajadores sociales en busca de datos para hacer un proyecto de autoempleo, un chico marroquí que intenta *hacerse entender* en español *consultando* un diccionario de árabe, sin contar los escolares que vienen todos los días a *resolver sus tareas*, y el niño de dos años que *explora* los recursos educativos y socioculturales de su pueblo, es decir que se sienta con su abuelo en la sala infantil y *escucha* un cuento... Y tantos otros que buscan: datos, palabras, calor, afectos, cifras, imágenes, miradas, un asiento, silencio...

Claro que, volviendo al artículo que nos ocupa, a continuación nos dice Vicente Verdú que en estos días de febrero “no cabe ni un alfiler en las bibliotecas de España” Ah, los exámenes. Me pareció que Verdú no había estado muy fino en su diagnóstico sobre las bibliotecas, pero que la cosa podía enderezarse porque a continuación hacía referencia a un libro publicado recientemente en Anaya y escrito por una de las maestras bibliotecarias de siempre, Mercè Escardó. Y de entre las motivaciones que la autora apuntaba para acudir a tales sitios, Verdú entresacaba dos: *el anhelo*

humano de lograr conversación y las ansias de “ligar”. Me permito apuntar yo las otras, que refuerzan la idea de que a diario nos visitan muchos “investigadores”: para buscar libros, por el simple placer de leer; para buscar información para redactar trabajos; para estudiar; y, finalmente, para encontrar información para vivir. Para vivir mejor, se entiende.

Me pregunto si este periodista es portavoz de un sentir social, y también por supuesto, desde cuándo no entra en una biblioteca pública. Se supone que nos está contando una parte de la realidad ya que él es un mediador entre la realidad y los ciudadanos. Pero también es un “hacedor de realidades”, puesto que la palabra crea realidades cuando nombra y las matiza cuando adjetiva. Así que para muchos lectores quedará en su memoria este, a mi juicio, desafortunado diagnóstico sobre las bibliotecas.

3.

Es natural que después de veinte años nos preguntemos *a dónde vamos*. Ya existen bibliotecas en muchos pueblos de Andalucía, aunque las hay que se encuentran bajo mínimos y sólo tienen de bibliotecas el rótulo en la puerta. Otras, ni siquiera eso (por cierto que aún estamos esperando que se hagan públicos los resultados del mapa bibliotecario, para corroborar con datos estas sensaciones). Estamos presenciando el nacimiento de una nueva ley de bibliotecas en nuestra comunidad, después de avances no demasiado espectaculares, propiciados las más de las veces no por la conciencia social y política de qué deba ser una biblioteca, sino por un entusiasmo de los bibliotecarios en ocasiones rayano en la tozudez. Es natural que nos preguntemos acerca de cuál es el camino que seguirá la biblioteca en un futuro no muy lejano.

Nuestra reportera se fue desencantada porque en una biblioteca “no había noticia”, y el periodista se dolía tanto de la mucha gente como de la poca, así como de que, da igual en qué número, las personas acudan a encontrarse unos con otros. Me pregunto qué podrá registrar el ojo de la cámara dentro de otros veinte años, y si una periodista sabrá ver lo que allí sucede. Me pregunto si verá algo así:

“Las bibliotecas de hoy en día son mucho más que libros (...) Son colmenas de actividad...mercados de ideas llenos de laboriosidad y bullicio en donde los campos de interés no están restringidos a lo educativo y cultural, sino que son tan ilimitados como la extensión de la propia conciencia del hombre: un verdadero cofre de tesoros de verdades y locuras...una especie de estación de servicio intelectual”. En esta ocasión, la cita proviene de un corresponsal de la NBC¹, que pronunció estas palabras sobre la conferencia anual de la A.L.A., refiriéndose a las bibliotecas norteamericanas ¡en 1958!

1. DREOIER, Alex, citado en WHEELER, J.L.: *Administración práctica de bibliotecas públicas*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1970

Está claro que nosotros hemos partido de la ausencia de una tradición bibliotecaria. Hasta ahora ha habido sobre todo preguntas y las respuestas han sido *ensayos* que intentan dilucidar para qué debe servir una biblioteca pública en cada pueblo andaluz. Muchos dicen que el futuro de las bibliotecas está en la aplicación de tecnologías de la información, y que lo que captará el ojo de la cámara serán usuarios y bibliotecarios con la mirada fija en su pantalla, compartiendo el mismo espacio pero aislados de lo que sucede en su entorno más cercano.

Yo me arriesgo a aventurar que el futuro de la biblioteca, como todo lo que se refiere a la cultura, seguirá estando en la *persona* y en el *encuentro entre ellas*. Y prefiero creer en esa otra imagen más variopinta y bulliciosa, aunque a veces parezca que no tenemos mucho a favor y debemos trabajar a contracorriente. Porque la senda por donde camine la biblioteca pública vendrá marcada por la senda por donde camine el resto de la sociedad, de la cuál *no estamos aislados*. Dice Ana María Machado, escritora galardonada con el Premio Andersen en el 2000, que participamos de “sociedades del espectáculo y no de la reflexión, [que] formamos parte de una cultura que valora cada vez más las actividades colectivas en detrimento de las individuales. Son los mega conciertos (...), las audiencias planetarias (...), las excursiones turísticas organizadas (...). Aquello que el historiador Daniel Boorstin ha llamado “<<seudoevento>>, por oposición a los eventos, cosas que realmente son acontecimientos, inesperados, únicos, heterogéneos, con la posibilidad de sorprender”² También afirma que la lectura encaja mal con ese panorama de experiencias programadas con anticipación. Sin embargo, *los bibliotecarios y bibliotecarias tenemos también nuestra palabra* y podemos (o no) creer que “la lectura, tal como se practica en la actualidad, invita a otras formas de vínculo social, a otras formas de compartir, de socializar, diferentes de aquéllas en que se apretujan todos como un solo cuerpo alrededor de un jefe o una bandera. Leer, como hemos visto, es tener un encuentro con la experiencia de hombres y mujeres, de aquí o de otras partes, de nuestra época o de tiempos pasados, transcrita en palabras que pueden enseñarnos mucho sobre nosotros mismos que no habíamos explorado, o que no habíamos sabido expresar.”³ Es ahí básicamente donde nuestra biblioteca pública tendrá que trabajar, *más allá de modas sobre las formas*.

En definitiva, y también más allá de augurios y predicciones, quizás sólo exista una certeza: estamos construyendo las bibliotecas que heredarán futuras generaciones de usuarios y bibliotecarios. Ellos no van a partir de la nada, estamos poniendo ese primer escalón que será determinante a la hora de su posterior desarrollo. Muchas bibliotecas se han hecho un hueco en la vida cultural y social de la localidad, otras se han convertido en punto de referencia indispensable. *Hasta ahora todo esto tiene*

-
2. MACHADO, A.M.: *Lectura, escuela y creación literaria*. Madrid: Anaya, 2002, p. 78
 3. PETIT, M.: *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999. p. 98.

sentido, ha merecido nuestro esfuerzo andar este camino: en la vida de muchos jóvenes andaluces, a diferencia de la generación anterior, ya existe el referente de un espacio con más o menos riqueza bibliográfica, pero lleno de vida, de actividades (a veces muy alejadas de la lectura y dispersas, por qué no reconocerlo) y sobre todo al que están ligados afectivamente gracias a las personas que han trazado el puente entre cada uno de ellos y la cultura. Por lo tanto el futuro vendrá dado por una mayor comprensión de qué necesita la biblioteca para cumplir bien sus funciones, que ya sabemos que deben ser educativas, además de conservadoras, informativas y sociales. Si hoy son escasos los políticos que conciben un buen servicio bibliotecario a sus ciudadanos como signo de excelencia de su gestión cultural, es bastante posible que mañana sea diferente. Mientras, quizás sea más oportuno confiar en los profesionales que llevan las bibliotecas y en sus usuarios que en una administración que siempre ha ido a remolque, actuando tarde y escasamente.

Para terminar me serviré de las palabras de Mercé Escardó: "...las bibliotecas llamadas públicas o populares, las que están al alcance de todos, las más humildes, las que tienen menos presupuesto y, por tanto, menos medios, las que dependen de las administraciones públicas, las más públicas de todas, son las que tienen una *función vital, insustituible, imprescindible*, porque todas las personas, sin distinción de edad, de sexo, de religión ni de condición social o cultural, han de tener acceso a la cultura"⁴. Eso no se nos puede olvidar a los bibliotecarios, como tampoco que "para conducir satisfactoriamente nuestra biblioteca es imprescindible osar imaginar, atreverse a inventar"⁵ No será demasiado difícil, pues lo vivido hasta el momento nos demuestra que hemos tenido que inventar y arriesgar mucho. Quizás lo que nos falte sea saber comunicar nuestros avances y necesidades, involucrar a nuevas personas para enriquecernos con sus aportaciones, al tiempo que ser capaces de integrarnos en nuestras sociedades para impulsarlas a avanzar. Creo que será inevitable el desarrollo del personal, una mayor formación y especialización de los bibliotecarios, el trabajo en equipo, la incorporación de otras profesiones al campo de las bibliotecas. Y que otros profesionales confíen en nosotros para aportar ideas y soluciones a programas de acción social y cultural que han de ser afrontados desde una perspectiva compartida e interdisciplinar.

4. ESCARDÓ I BAS, Mercé: *La biblioteca, un espacio de convivencia*. Madrid: Anaya, 2003, p. 30

5. Idem, p. 58

